

Radiografía de un corazón en llamas

Obra en un acto original de Jorge Silva

Personajes:

BRAULIO, joven de 18-19 años.

LA MADRE, madre de Braulio, no mayor de 50 años.

LA NIÑA PIANISTA, de doce años primero, después de 19.

EL HERMANO, adolescente, entre 15 y 17 años.

SUSAN, amiga de Braulio, de su edad.

LA FLACA, amigo de Braulio, travesti, treinta años, aprox..

IRIS, mamá de Susan.

EDUARDO, tío de Braulio, entre los treinta.

GERITA, adolescente, primo de Susan.

HOMBRE, de edad madura.

PADRE, padre de Braulio, 50 años, aprox.

ORLANDO, poeta joven, no mayor de 25 años

VENDEDOR, personaje onírico de sexo indefinido.

-ACTO ÚNICO-

Oscuro total. Comienza a escucharse el tema de entrada. Braulio está en un extremo del escenario. Voces en off y efectos de sonido recreando un incendio inundan la escena. Poco a poco una luz intensa iluminará el rostro de Braulio, quien observa absorto, casi bajo hipnosis, hacia un punto determinado donde, se supone, se está llevando a cabo el incendio. Se escucha en off la voz de una

reportera de televisión junto con los sonidos anteriores. Braulio lleva la camisa manchada de sangre a la altura del pecho.

REPORTERA:(Off) Un incendio que destruyó por completo un edificio de departamentos se registró esta madrugada. El siniestro dejó sin hogar a más de 20 familias. No se reportaron pérdidas humanas.

El sonido empieza a descender hasta que todo queda en absoluto silencio.

BRAULIO: (A sí mismo) Esta mañana, al levantarme, presentí que ocurriría este incendio. Desde hace tiempo lo esperaba. Incluso intenté provocarlo varias veces, pero fue inútil. El fuego tenía que empezar por sí solo y consumirlo todo hasta que no quedara otra cosa más que cenizas.

REPORTERA:(Off) Hasta este momento no se ha podido establecer la causa del incendio.

El escenario se enciende un poco. Braulio saca de sus ropas un diario con la forma de un corazón humano. Lo empieza a hojear, se detiene en una hoja y lee.

BRAULIO: (Lee al público) Me llamo Braulio. Sólo tengo diecinueve años, bueno dieciocho. Se supone que ya debería tener mi vida encauzada en una actividad digna, pero no es así. Ando en busca de algo, pero no sé exactamente qué es.

La Madre de Braulio entra a escena con una cuerda. Primero le cambia la camisa a Braulio por una limpia, luego le amarra al torso uno de los extremos de la cuerda; el otro extremo lo sujeta ella.

MADRE: (Cariñosamente) Más vale que seas lo que debes ser. Me costaste tanto, pequeño desgraciado. (Pausa) ¿Sabes una cosa? Siempre quise tocar el piano. Ah, ya sé...voy a meterte a clases de piano.

BRAULIO: (Como niño) Mami, yo quiero clases de batería.

MADRE: ¿Batería? Pero ese ni siquiera es un instrumento. Vas a aprender a tocar piano, y quiero que lo toques igual de bonito que Richard Clyderman.

La madre abraza a Braulio. Él se ve sofocado; intenta quitarse el cordón que lo une a su madre, pero no puede. La madre se mueve hacia un extremo del escenario y permanece ahí, sin soltar en ningún momento el cordón. Entra la Niña Pianista. Camina a lo largo del escenario lanzándole a Braulio miradas coquetas pero llenas de inocencia. La Niña trae consigo un tapete que tiende en el suelo. El tapete es un enorme teclado de piano. Braulio se acerca al tapete con curiosidad. Sube al teclado y se escucha el sonido de cada tecla que va pisando. Salta de una tecla a otra, pero los sonidos son accidentados y molestos. La Niña se tapa los oídos.

MADRE: (Desde la esquina) ¡El piano no se toca con las patas, muchachito!

Braulio se detiene, aún lleva atada la cuerda.

BRAULIO: (Al público en actitud de joven) Me decía mi maestra de piano, la señorita Aréchiga, cada vez que metía las cuatro en un ejercicio. En cambio ella..

Un especial alumbra a la Niña que empieza a tocar el piano al aire. Se escucha un fragmento de Sueño de amor de Franz Lizst. Braulio rodea a la Niña, la observa con interés mientras interpreta la melodía. La Niña toma las manos de Braulio y empieza a tocar como si sus dedos fueran las teclas. Al cesar la melodía, Braulio aplaude entusiasmado. Ella le da un beso en la mejilla y los dos asumen

una actitud tímida. La niña le dice a Braulio algo al oído. Él palidece y se pone nervioso. Ella asiente esperando una respuesta de Braulio, quien responde con el mismo gesto. La Niña se levanta la falda lentamente, Braulio se agacha para ver por debajo. Entra el hermano de la niña, los muchachos dejan el juego rápidamente.

HERMANO: Mamá ya está en el carro. Se hace tarde para el dentista.

La Niña se despide de Braulio con una mirada, enrrolla el tapete, lo carga y sale de escena. Braulio va tras ella, pero el Hermano lo detiene para inspeccionarlo detenidamente. Braulio luce intimidado.

HERMANO: Si quieres quédate. Podemos ver películas en la video.

BRAULIO: No puedo, es que...

HERMANO: Quédate, la vamos a pasar bien.

El hermano jala del brazo a Braulio y lo sienta en el piso, después se sienta él. Miran hacia un punto como si estuvieran viendo la televisión. Empieza a escucharse el audio de una película pornográfica. Braulio, boquiabierto, mira la supuesta pantalla. El hermano pasa la mano por el cabello de Braulio, quién sigue embobado con las imágenes.

HERMANO: ¿Ves a ese negro? (Braulio asiente) Yo la tengo igual.

BRAULIO: ¿Qué es lo que tienes igual?

Braulio voltea a ver al hermano, quien, poco a poco se ha acercado a él hasta tenerlo abrazado.

HERMANO: ¿La quieres ver?

Braulio está temblando, sin embargo asiente. El hermano se desabrocha el pantalón. Intenta quitarle a Braulio el cordón, pero él se lo impide. El hermano abraza a Braulio por la espalda. Lo estrecha. Después lo pone frente a sí. Se miran a los ojos. El hermano le afloja el cordón a Braulio, mas no se lo quita.

BRAULIO: (Al público) Mamá nunca me contó sobre esto. Nadie me habló de esto.

El hermano sonrío y pasa su mano por el cabello de Braulio.

HERMANO: Nadie debe saberlo, ¿eh?

BRAULIO: ¿Por qué?

HERMANO: Porque esto no lo deben hacer los hombres.

BRAULIO: Pero ¿por qué no?

El hermano rodea a Braulio, nuevamente se pone detrás de él.

HERMANO: No vayas a gritar.

BRAULIO: Pero no me has dicho por qué esto no lo hacen los hombres, ¿qué tiene de ma...?

Braulio no termina la frase cuando el hermano lo estrecha fuertemente en un acto de penetración. Braulio hace una expresión de dolor. El hermano se ve extasiado; ambos terminan en el suelo. La Niña entra a escena con dos maletas. Luce triste. El hermano voltea a vela y luego se levanta lentamente y camina hacia ella. Toma una de las maletas. Braulio los observa con un aire confundido. La Niña

y el hermano hacen una reverencia a Braulio y salen de escena marchando cada uno hacia un lado del escenario.

BRAULIO: (Al público) Les perdí la pista. También dejé las clases de piano.

El hermano vuelve y se saca de la bolsa del pantalón una hoja de papel completamente arrugada. Vuelve a salir. Braulio extrae de sus ropas una pluma y escribe en la hoja.

BRAULIO: De su adiós quedaron palabras, mis primeras palabras escritas con el dolor de la pérdida. Sólo en ellas encontré refugio, el clavo que necesitaba para sacar al otro clavo que estaba enterrado en mi corazón.

La mamá de Braulio deja su rincón y tira de la cuerda para acercar a Braulio. La hoja en la que escribía se le cae de las manos. Ya cuando la madre tiene cerca de Braulio, lo acicala y le da el cordón para que lo sujete. Se moja las manos con saliva y las pasa por el cabello de Braulio.

MADRE: ¡Qué hermoso mi muchachito! Ya casi eres un hombre. Ya estás en la secundaria. Tienes que estudiar mucho para que seas un hombre de bien como tu padre.

La madre lo persigna y le da un beso en el frente. Se encuentra en el suelo la hoja de papel, la lee y en su rostro se dibuja una expresión de enojo. Le da un coscorrón a Braulio.

MADRE: No andes escribiendo estas cosas. Estás muy chiquito para esto.

La madre rompe la hoja y sale de escena. Después sale. Entra a escena Susan. Lleva uniforme de colegiala, mochila a la espalda y va en patines. Rodea a

Braulio. En un momento se detiene y lo observa con coquetería. Se levanta la falda.

SUSAN: Hey, tú... ¿es verdad lo que dicen?

BRAULIO: ¿Qué cosa?

SUSAN: Que eres maricón.

Braulio se cohíbe. Niega con la cabeza.

SUSAN: A mí se me hace que sí eres.

BRAULIO: Que no...no soy...

SUSAN: A ver... pruébame.

Susan se congela.

BRAULIO: (Al público) Susan, la amiga jotera que todo joto está obligado a tener.

SUSAN: A ver, ¿eres o no machito?

Susan toma la mano de Braulio y la pasa por todo su cuerpo. La madre continúa en un extremo del escenario. No ve el acto de su hijo. Susan también intenta quitarle a Braulio el cordón, él se resiste.

MADRE: ¿Entonces vas a estar estudiando hasta tarde en casa de tu amiguita, hijito? ¿Cómo dices que se llama? Ah, sí, Susan. ¡Tan buena muchachita!

Braulio se mueve con timidez, poco a poco va ganando confianza. Susan lo besa. Ambos se tiran al piso. La música sube de intensidad conforme se besan y se acarician arrebatadamente hasta llegar a un punto en que se corta súbitamente. La luz también se apaga de golpe. Braulio lanza un gemido. Susan se ríe. Una luz irrumpe la oscuridad. Braulio enciende una lámpara de mano y alumbra algunas partes del escenario. Luego se alumbra el rostro y alumbra a Susan que está frente a él. Ella vuelve a reír, esta vez con más fuerza. Al principio Braulio no halla la gracia, pero luego la secunda. El cordón está tirado a un lado de Braulio, ya no lo lleva atado. Susan lo ve y ata en él a un muñeco de peluche que saca de su mochila. La madre es alumbrada cuando tira del cordón y se encuentra al muñeco. Se enfurece. Susan y Braulio se ríen. El área de la madre vuelve a oscurecerse.

SUSAN: (Grita con un gesto heroico) ¡Independencia!

Después sale de escena en medio de una risotada escandalosa, no sin antes levantarse la falda para enseñarle a Braulio el trasero.

BRAULIO: (Al público) Sin Susan es difícil imaginar el rumbo que hubiera tomado mi vida. Quizá ahora sería un estudiante modelo, un buen hijo, y un joven responsable, pero encerrado en un oscuro y frío clóset.

Braulio sigue alumbrando el escenario. Alumbra el rostro de la madre; luce disgustada, pero contenida. Lleva el cordón entre las manos. La luz vuelve al área donde se encuentran.

MADRE: ¡Bonitas horas de llegar! ¿Por qué mejor no te quedaste allá donde andabas?

Braulio intenta salir de escena, la madre lo detiene sujetándolo del brazo.

MADRE: (Empieza a liberar el enojo) Te estoy hablando.

BRAULIO: (Se suelta de su madre) Te estoy oyendo.

MADRE: Andabas con la zorra esa, ¿verdad? Creí haberte dicho que...

BRAULIO: No voy a dejar de verla, es mi amiga, mamá.

MADRE: No te está dejando nada bueno.

BRAULIO: Ya tengo diecisiete años. Sé lo que hago.

MADRE: ¡Diecisiete años! Primero aprenda a limpiarse el trasero, señor de mundo.

BRAULIO: No me lo querrás limpiar tú, ¿verdad?

MADRE: ¡Si tan sólo fueras la mitad de lo que eran tus hermanos a tu edad! Ellos jamás llegaron tarde, jamás trajeron una mala calificación. Jamás me levantaron la voz como tú lo haces. Eran muchachos responsables, ¡de provecho!

La luz ilumina una parte del escenario donde hay tres maniqués. La madre sale de escena. Cada uno de los maniqués lleva colgadas un par de etiquetas; una de las etiquetas lleva escrito el nombre del hermano al que le corresponde y la otra, su profesión.

BRAULIO: (Al público) Mis hermanos, X, Y y Z. Contador, administrador de empresas y abogado. (Despega las etiquetas y las cambia de cuerpo

sin seguir ningún orden) Pueden intercambiar los nombres y las profesiones, al fin y al cabo el resultado final es el mismo: muchachos responsables... de provecho; y sobre todo con una carrera exitosa como Dios y la sociedad mandan. (Pausa) Dentro de la colección de hijos profesionistas de mi mamá hacía falta un ingeniero, así que su excelencia me obligó a punta de pistola a inscribirme en tan honorable carrera. ¡Qué pena! El gusto le duró poco.

Vuelve a entrar la madre. Está hablando por teléfono.

MADRE: (Interrumpe) ¡ No lo aguanto más, mamá! ¿Sabes lo que hizo el muy sinvergüenza?

BRAULIO: (Al público) ¿Qué? Decidí darme un tiempo.

MADRE: Lo suspendieron un semestre entero. Reprobó todas las materias, mamá; ¡todas!

BRAULIO: (Al público) Mamá no entiende que ese tipo de conocimientos es completamente accesorio.

MADRE: Y se lo dije a su papá: yo no lo quiero de huevón aquí en la casa, va a tener que ponerse a trabajar... y de obrero para que le de vergüenza.

BRAULIO: (Al público) Si los obreros están de buen ver y la fábrica tiene regaderas. ¡Venga!

MADRE: Es una verdadera cruz, mamá. Ahora te entiendo. (Pausa. Suspira, se calma. Súbitamente ha cambiado de actitud. Ahora sonrío) ¡Te acordaste! Sí, hoy es el día. ¡Treinta años, mamá. ¿Qué te parece?

BRAULIO: (Al público) Se me había olvidado.

MADRE: Ya casi tengo la cena lista.

BRAULIO: (Al público) ¡Putá madre! ¡la cena!

MADRE: Sí, es una sorpresa, ni se lo imagina. Bueno, qué sigas bien, mamá. ¡Chao!

Madre cuelga. Braulio intenta salir de escena a hurtadillas, la madre se da cuenta y lo detiene.

MADRE: ¿A dónde? (Braulio se detiene) Hoy es la cena de aniversario de tu papá y mía. ¿Qué ya se te olvidó?

BRAULIO: No me pienso quedar. Tengo cosas que hacer.

MADRE: Es una fecha especial. Debes quedarte. Es lo menos que puedes hacer después de todas las mortificaciones que nos has dado.

BRAULIO: Preferiría regalarte un tostador.

MADRE: (Intenta ponerle a Braulio el cordón, él se resiste) Lo único que quiero es que compartas un rato con la familia. Te la pasas de vago. Te levantas casi a mediodía y te largas a no sé donde y luego vienes a las dos o tres de la mañana muy fresco nada más a dormir. ¡Esto no es un hotel!

BRAULIO: No, si fuera un hotel nada más tendría que poner el letrero de "no molestar" para que me dejaras en paz.

MADRE: Muy chistoso, muy chistoso. A ver si tienes el mismo humorcito cuando llegue tu papá.

BRAULIO: A ver si tengo la misma edad cuando llegue mi papá.

MADRE: ¿Qué estás diciendo?

BRAULIO: Siempre has querido que sea como mi él, ¿no? Y como nunca está aquí, pues... me voy al carajo.

MADRE: Tiene mucho trabajo. Se rompe la crisma todos los días para mantenerte.

BRAULIO: Ahora resulta que todo lo hace por mí.

MADRE: ¡Pobre de ti si te vas, Braulio!

BRAULIO: Más pobre si me quedo. ¡Feliz Aniversario, mamá! Felicitas a papá de mi parte.

Braulio se traslada a otra parte del escenario.

MADRE: ¿A dónde vas? Es muy tarde. Regresa aquí de inmediato, regresa, Braulio...no te vayas...es muy tarde. ¿Qué le voy a decir a tu papá cuando llegue?

Se oye una grabación en off.

GRABACIÓN:(Voz de la mamá) Está hablando a casa de la familia Torres. Por el momento no podemos contestar su llamada. Favor de dejar su mensaje y teléfono después de la señal. Nosotros nos comunicaremos con usted, gracias.

Se oye el zumbido, luego la voz del padre.

PADRE: (Off) Surgió un problema en la oficina... voy a llegar tarde otra vez. No me esperen.

Poco a poco, la madre sale de escena. Se oscurece ese lado del escenario. Cambio de luces al otro lado, en donde está Braulio.

BRAULIO: Sí, yo también creo que mi papá tiene un segundo frente. ¿Y saben qué? No lo culpo. (Se acerca más al público, deja la actitud reflexiva) En algún antro del centro de la ciudad, de cuyo nombre no quiero acordarme....

Comienza a escucharse música disco y las luces recrean algún antro. Entra caminando un joven atractivo. Braulio y él se miran fijamente. El chavo pasa de largo. Braulio voltea con el público y cierra el ojo pícaramente. Entra Susan medio borracha, besa a Braulio en la boca.

SUSAN: No se me olvida ese día en que nomás no se puso de pie tu buen amigo. (Intenta tocarle el sexo a Braulio, él se resiste)

BRAULIO: Ni empieces.

SUSAN: (Imita a Braulio llorando) Susan, perdón. No eres tú, es que...ay, ¿cómo te digo? Pues me gustan los hombres.

BRAULIO: No te burles, imbécil.

SUSAN: Y ahí voy yo de idiota a presentarte a mis amigos y a llevarte a todos los antros. He ahí una desventaja de ser tan *open mind*.

BRAULIO: Míralo por este lado: ganaste una amiga.

SUSAN: ¡Qué consuelo!

Entra La Flaca, un travesti. Va maquillado y vestido a la usanza de los setenta. Se ve furioso.

FLACA: ¡Pinche antro de mierda!

BRAULIO: (Al público) Él... bueno, ella es la Flaca. Reconocida en el ambiente por ser la única imitadora de Jeannette, ésa que cantaba, “yo soy rebelde por que el mundo me ha hecho así”. (Vuelve a la plática) ¿Qué pasó, Flaca? ¿a poco no te dejaron hacer a Jeannette?

FLACA: Me dijeron que era muy anticuado. Que Jeannette no, que era para viejitos. Hazme el pinche favor.

BRAULIO: No saben de lo bueno.

FLACA: ¡Verdad que no!

SUSAN: Ay, por favor. ¿a quién más puede imitar la señora sino a sus contemporáneas? Esa Jeannette es como de hace mil años.

FLACA: ¡Como me ves, te verás, mi chula!

SUSAN: ¿Cómo? ¿Treintona y con el pito colgando? ¡Está cabrón!

FLACA: Huerquita motera, ¡tú que sabes!

BRAULIO: (Al público) Se adoran.

FLACA: (Grita) Ah, ¡el vaquero!

Se escucha el tema de El bueno, el malo y el feo. Entra a escena un stripper vestido de vaquero. Sube a una pequeña plataforma. Se oyen gritos y silbidos.

SUSAN: Pinche viejo bueno.

FLACA: Soy tu yegua, mi amor.

SUSAN Y FLACA: ¡Móntame!

BRAULIO: (Al público) El vaquero. Nadie sabe cómo se llama, jamás se le ha escuchado hablar, sin embargo, todos sabemos de qué tamaño tiene el pito. Sobra decir que yo también lo amo.

Vuelve la música disco. El Vaquero empieza a bailar y a quitarse la ropa.

BRAULIO: Daría lo que fuera por...

FLACA: (Grita) ¡Soy tuya!

El Vaquero voltea a ver a Braulio y le sonrío, comienza a bailar muy cerca de él. Flaca y Susan lo ven con envidia. Braulio le quita el sombrero al vaquero y

se lo pone. Se miran fijamente durante unos momentos. Todo se oscurece excepto el área donde están Braulio y el Vaquero. Siguen bailando ahora muy pegados. La luz se disuelve poco a poco, al igual que la música. Un especial alumbra a Braulio.

BRAULIO: (Al público) Soy joven... tengo derecho a ser un desmadre.

Inmediatamente después empieza una canción de Jeannette: Soy Rebelde. En un extremo del escenario la Flaca se desmaquilla frente a una mesa con un aro que simula ser un espejo. Al mismo tiempo está cantando la canción y moviéndose como Jeannette. Braulio está con el teléfono a un lado de él. Se ve algo perturbado. Entra Susan con una bata y una toalla en la cabeza.

SUSAN: (Grita, apenas es audible por el ruido) Quítame eso a la verga, pinche flaca.

FLACA: ¿Qué?

SUSAN: (Le baja a la grabadora) Mi mamá está meditando.

FLACA: (Le sube de nuevo a la grabadora, aunque no demasiado) Y yo estoy ensayando. Un poco más de respeto para el arte.

SUSAN: Me paso tu arte por el culo.

FLACA: Como sueles hacer con todo, muñeca.

SUSAN: Otra más y le digo a Iris que ya no te rente el cuarto, pinche loca de estética. (Cambia de actitud) Oye, ¿tienes? (Hace un gesto con la mano simulando un cigarro)

FLACA: (Saca un envoltorio del peinador, se lo arroja a Susan) Poquita porque es bendita.

BRAULIO: (Cuelga el teléfono) Nada del vaquero.

FLACA: No me digas, ¿te dio un número falso?

BRAULIO: Había mucho ruido, no lo debí escuchar bien.

SUSAN: No importa, la próxima semana lo buscas y ya.

FLACA: Pero cuéntanos, ¿qué tal estuvo?

BRAULIO: Pues pasamos al cuarto oscuro, él caliente, yo caliente. (Se tira al suelo) Es el hombre de mi vida... de este mes.

FLACA: Te cogiste al vaquero, ¡qué hazaña!

SUSAN: ¿Y te cobró?

BRAULIO: ¿Qué te pasa? Yo soy un lujo, mamacita.

Entra Iris, la mamá de Susan.

IRIS: Susanita, ¿otra vez fumando esa porquería? (Le quita el cigarro y lo fuma)

SUSAN: Iris, dijiste que no había pedo si no era químico.

IRIS: Okey, nada más cuando acabes prendes un incienso, ¿sí? (Fuma de nuevo) Está buena, ¿eh?

FLACA: Se te ve bruto ese color de pelo, Iris.

IRIS: Gracias, Flaca. Es caoba-rojizo-otoño, por si te lo quieres poner. Niños, voy a meditar desnuda en la estancia. Entran bajo su propio riesgo.

SUSAN: Ya llégale.

IRIS: (A la Flaca) Ya me llegaron los nuevos catálogos de Avon. Viene un exfoliante maravilloso.

FLACA: Ahorita me lo enseñas.

SUSAN: Iris, ¡ya vete!

IRIS: Voy, voy.

Iris sale de escena.

FLACA: Cuando sea vieja quiero ser como tu mamá... igualita pero sin hija.

SUSAN: ¡Que hueva me das! Yo no quiero estar jodida como esa pendeja. Me voy a casar con un viejo que tenga chingos de lana. Y me voy a morir cuando las cirugías ya no puedan hacer nada.

FLACA: Hablando de cirugías. (La Flaca deja de desmaquillarse y saca de debajo de la mesa una alcancía en forma de pene gigante. Lo pone sobre la mesa) Estoy ahorrando para quitarme esta pena. (Se señala el sexo). Me armé de valor y decidí. No podía vivir en la sombra para

siempre. (Mete un par de monedas a través de la ranura de la alcancía) Sólo así seré quien soy, niñas.

SUSAN: Yo soy quien soy. Y soy una chingona. ¿Cómo ven, mariconas?

FLACA: ¿Y tú, Braulis?, ¿qué es lo que buscas de la vida?

Braulio levanta la vista y observa a sus amigos sin saber qué contestar. La parte donde se encuentran se oscurece y salen de escena. En el otro extremo se ilumina un área donde está la madre vestida de militar, al tiempo que se escucha un redoble de tambores. Braulio ve a su madre con fastidio.

MADRE: Contéstame: ¿qué es lo que buscas de la vida?

Braulio no contesta ni le dirige la mirada a su madre.

MADRE: No piensas contestar, por lo que veo.

BRAULIO: Mira, ma...

MADRE: (Interrumpe) ¡A callar! Ponte de pie y en posición de firmes.

BRAULIO: No fastidies.

MADRE: (Levanta más la voz) ¡Firmes!

Braulio se para con desgano y adopta la posición de "firmes", pero no muy firme que digamos.

MADRE: (Lo rodea) Mira, muchachito, ya casi cumples diecinueve años. Como que va siendo hora de que te corrijas. Cuando tus hermanos tenían tu edad...

Mientras habla Braulio, la continuación del discurso de la madre no logra escucharse, ella sólo mueve los labios.

BRAULIO: (Al público) Hay una parte de los choros de mi mamá que me gusta mucho. (Voltea a ver a la mamá) Y va justo ahí.

MADRE: (Vuelve a escucharse) ¿Qué crees que soy tu pendeja? (Vuelve el silencio y el movimiento de los labios)

BRAULIO: (Vibra emocionado) Me encanta cada vez que lo dice.

MADRE: (Vuelve a oírse) Tu padre se ha roto la madre todos estos años por darte una educación.

La Madre sigue moviendo los labios como si hablara, Braulio se adelanta a lo que va a decir; ella no lo escucha.

BRAULIO: (Al público) Pero no, ¿qué le va a importar la escuela al señor? Prefiere andar en la calle y en los lugarzuchos esos de vagos mal vivientes!

MADRE: Pero no, ¿qué le va a importar la escuela al señor? Prefiere andar en la calle y en los lugarzuchos esos de vagos mal vivientes!

BRAULIO: (Al público) Aquí viene la parte donde el diálogo entre mi madre y yo se vuelve tan insostenible que pareciera que hablamos dos idiomas totalmente distintos.

MADRE: (Gritando) Fropit rety opre dituger oc li, lopi uye.

BRAULIO: (Al público, sarcástico) Debe ser interesantísimo todo eso que dice. Lástima que no pueda entenderlo.

MADRE: (Sigue gritando) Yerstu poitres griuty hijklo poibuter.

BRAULIO: (Al público, empieza a mostrar preocupación) Sin embargo, dentro del choro de mi madre, hubo una parte que, desgraciadamente, pude entender.

MADRE: Ni yo ni tu padre estamos dispuestos a darte ni un peso más. No te queda otra más que...

BRAULIO: (Se tapa los oídos) No quiero escucharlo.

La Madre saca una pistola y apunta a Braulio.

MADRE: (Grita) ...¡trabajar!

BRAULIO: (Retrocede atemorizado) No, madre. Eso no.

MADRE: (Turbada) Ganarás el pan con el sudor de tu frente. (Ríe de forma siniestra)

BRAULIO: ¡Piedad!

MADRE: (Poseída por la risa) Ganarás el pan con el sudor de tu frente.

BRAULIO: Madre, estoy arrepentido.

MADRE: ¡A trabajar!

La madre dispara. Se escucha el disparo al tiempo que el área donde está situada se oscurece y sale de escena. Braulio cae al suelo fingiendo que la bala lo hirió en el brazo. Se queja del dolor.

BRAULIO: (En el suelo, dolorido) Pero, ¿en qué puedo trabajar yo? No sé hacer nada.

Aparece en escena Eduardo, el tío de Braulio. Escribe a máquina en uno de los extremos del escenario.

EDUARDO: ¿Qué es lo que buscas de la vida? Ah, esa pregunta.

BRAULIO: (Al público) Él es mi tío Eduardo, es escritor. Bueno, en realidad es técnico en aire acondicionado, pero en sus ratos libres es escritor; aunque jamás ha publicado ningún libro.

EDUARDO: ¿Qué esperaban? ¿Tú en Ingeniería? Es como si a mí me hubieran metido en Matemáticas. Pensé que ibas a estudiar Letras.

BRAULIO: Mi mamá no me dejó.

EDUARDO: ¿Desde cuándo le haces caso a tu mamá?

BRAULIO: Me dijo que estudiar eso era como no estudiar... que hay poco campo de trabajo y que ahí entran puros mariguanos, locos y desquehacerados.

EDUARDO: Es verdad, por eso me gradué de ahí.

BRAULIO: Ahora tengo que encontrar un trabajo. ¿Tú no sabes de nada?

EDUARDO: *(Ve el reloj)* Veré qué te puedo encontrar. ¡A la madre! Tenía que pasar hace cuarenta minutos a arreglar un aire. Me piqué escribiendo y no me di cuenta de la hora.

BRAULIO: ¿Qué escribes?

EDUARDO: *(Se alista para salir)* Es un cuento sobre alguien que se roba las estrellas del cielo para hacer collares y después venderlos.

BRAULIO: ¡Qué fumadota!

EDUARDO: Es una metáfora de la libertad plena. Como si el mismo mundo te proveyera de lo indispensable para vivir. Sólo bastaría alzar la mano y asir una estrella. *(Suspira)* Imposible, pero alentador. Bah, pura puñeta mental. *(Pausa, mientras recoge su herramienta)* ¿Y la poesía qué dice?

BRAULIO: Últimamente no he tenido tiempo...

EDUARDO: Claro, entre tirar pelota y hurgar en tus narices sólo queda tiempo para rascarte los huevos. Tus poemas eran buenos. ¿Por qué dejaste de escribir?

BRAULIO: No sé, a lo mejor ya no tenía nada que decir. Además, la poesía no sirve de nada.

EDUARDO: ¡Cómo no, Braulio! Hay personas que se mantienen vivas gracias a ella.

BRAULIO: (Adquiere un semblante serio) Eduardo, ¿tú a mi edad ya sabías lo que querías hacer con tu vida?

EDUARDO: (Medita un poco) A tu edad sabía que quería escribir, aunque nadie leyera lo que escribiera. Ahora sigue siendo lo único que sé.

BRAULIO: Pues yo sólo sé que no sé nada.

EDUARDO: Ahora hasta filósofo saliste.

Eduardo está a punto de salir.

BRAULIO: Eduardo, respóndeme una cosa: ¿qué es lo que buscas de la vida?

EDUARDO: ¿Qué es lo que busco de la vida? Terminarla con más o menos la misma dignidad con la que la empecé... supongo.

Eduardo sale de escena. La máquina de escribir se queda en el escenario unos momentos. Braulio se acerca a ella y golpetea tímidamente algunas teclas. Poco a poco va realizando más concienzudamente la actividad hasta que finalmente se sienta frente a la máquina y escribe.

BRAULIO: (Lee conforme va escribiendo) El silencio de la noche... recorre...no, no, aúlla, sí, aúlla en mis oídos...o mejor...en mi pecho. No hay luz. Sólo la humedad de la... ausencia. La certeza de que la muerte acecha. No hace frío, pero mis ojos están congelados.

Braulio arranca la hoja de la máquina. Entran a escena Susan y La Flaca. Los tres se sientan en el suelo en medio círculo. Braulio le pasa la hoja a Susan quien se fuma un cigarrillo de marihuana. Lee el poema.

SUSAN: ¡Está chido!

Susan le pasa la hoja a la Flaca junto con el cigarro. La Flaca fuma y lee el poema. Luego le pasa el cigarro a Braulio y él a Susan y así sucesivamente.

FLACA: Nada más déjame decirte una cosa en buen plan: eso del silencio que aúlla está raro, porque cuando hay silencio, no hay ruido.

BRAULIO: Lo sé, es una metáfora.

FLACA: ¿Cómo?

SUSAN: Sí, pendeja, quiere decir que todo está tan callado que es molesto para los oídos. ¿Verdad, Braulio?

BRAULIO: Algo así.

FLACA: ¿Para qué se complican la vida? (Se pone de pie) Cuando hace ruido, hace ruido, y cuando no, no. Así de simple.

SUSAN: Ay, pinche Flaca inculta.

FLACA: (A Braulio) Como quiera está bonito, corazón. No te me sientas.

Entra Iris prendiendo un incienso.

IRIS: Ya apaguen ese mugrero, Susan. Al rato van a venir tus tíos de Dallas y este olor no es el de un pedo para que se quite en dos minutos...

SUSAN: Ay, aguantar a mi primito Gerita. No por favor.

BRAULIO: ¿Gerita es el de la rata?

SUSAN: ¿Cómo se llamaba? Ah, sí: Gumersinda. Pinche rata buen susto que nos metió. Huerco carbón.

IRIS: Pues ni tan huerco, ¿eh? Ya cumplió quince años. Flaca, con mucha pena te vas a tener que quedar estos días en casa de alguien más...es que mi hermano es muy...

FLACA: Ni te mortifiques, Iris. Sé por dónde vas.

SUSAN: Ay, ¡cómo me caga mi tío! Mugre ranchero mocho.

IRIS: Será lo que digas, m'hijita. Pero al menos se preocupa más por nosotras que tu papá.

SUSAN: Hasta los de la basura se preocupan más por nosotras que mi papá.

IRIS: A ver si hacen algo con Gerita, ¿no? Sus papás, mi viejo y yo nos vamos a bailar salsa en la noche y no vamos a volver hasta en la mañana.

BRAULIO: ¿Qué podemos hacer con él? ¿Le ponemos una película de Walt Disney o qué?

Entra a escena Gerita. Braulio y Susan se quedan impávidos al ver que el niño travieso se ha convertido en un atractivo joven. La Flaca sale de escena con una carcajada. Iris también sale.

BRAULIO: ¿Que qué podemos hacer con él? ¡Todo!

SUSAN: Ni se te ocurra, Braulio.

BRAULIO: (Sin dejar de ver a Gerita) Éste con una botella cae.

SUSAN: No seas cabrón, ¡es mi primo!

BRAULIO: No seas mala. Ayúdame...prima.

SUSAN: ¡Pinche Braulio !

BRAULIO: (Al público) No creo que sea necesario contarles lo que pasó...

Empieza a escucharse música electrónica. Gerita, Braulio y Susan bailan de forma alocada. Susan saca botellas de vino y comienzan a beberlas. Siguen bailando totalmente poseídos por el ritmo. Sus movimientos comienzan a hacerse torpes por el alcohol. Braulio comienza a jugar con Gerita, éste se resiste un tanto incómodo y prefiere jugar con Susan. Braulio es insistente y poco a poco mete a Gerita en su juego. Luego de unos instantes, Susan ya está fuera del juego y los dos jóvenes se acarician hasta acabar en el suelo. La música se detiene y el escenario se oscurece. La luz vuelve en una pequeña área. Braulio está tirado, súpito. Gerita no está en escena.

SUSAN: Eh, güey, despierta.

BRAULIO: ¿Qué? ¿Qué pasó?

SUSAN: Se me hace que a éste le dio una congestión o no sé. No para de vomitar.

BRAULIO: ¿A quién?

SUSAN: A Gerita, imbécil. Ayúdame, hay que ponerlo al tiro antes de que lleguen sus papás.

BRAULIO: ¿Está muy mal?

Se oye de nuevo a Gerita vomitando.

SUSAN: Me van a matar. Tenías mucha pinche necesidad de asaltar cunas. Mira lo que nos pasa por tu putez.

BRAULIO: Mira, Santa Susanita de la castidad perpetua, a mí no me echas choros.

SUSAN: Siempre tienes que sacar provecho de la gente. Lo haces conmigo, y con la Flaca y ahora también con el pobre de mi primo. Nos exprimes y nos dejas el puro bagazo.

BRAULIO: ¿Qué mamadas estás diciendo?

SUSAN: Me la van a hacer de pedo. Mejor vete.

BRAULIO: ¿Por qué me dijiste eso ? No me voy a ir hasta que me digas.

SUSAN: Vete a la chingada.

BRAULIO: ¿Por qué dices que te uso ? Ya abriste el hocico, ahora me dices.

SUSAN: Te caló, ¿verdad, cabrón ? Te caló porque sabes que es cierto. Me usaste para cogerte al huerquito. Me usaste y no es la primera vez que lo haces.

Hay un silencio.

SUSAN: Te lo cogiste... y a mí me hiciste a un lado.

Braulio no sabe qué contestar. Gerita vuelve a vomitar.

SUSAN: Vete, Braulio. Si mi tío sabe qué pasó, te va a cargar la chingada.

BRAULIO: Le vas a decir.

SUSAN: No sé. Mejor vete.

De afuera se oye Iris cantando una ranchera. Está borracha.

SUSAN: ¡Lárgate a la chingada !

Braulio sale corriendo. Nuevamente hay oscuro. Iris sigue cantando hasta que la luz vuelve con Braulio.

BRAULIO: (Al público) La Flaca me contó que el primo de Susan sufrió una congestión. Lo llevaron al hospital y todo. No me he parado en su casa desde entonces. No me he atrevido. De hecho la Flaca se mudó de ahí y me consiguió trabajo en un bar...gay desde luego.

Entra la Flaca. Ruido de personas.

FLACA: No, si la Iris se puso insoportable. Hasta yo la llevé. Me quiso aumentar la asistencia la muy desgraciada.

BRAULIO : ¿Y Susan ?

FLACA: Lo último que supe de ella es que estaba saliendo con un güey que trae un carro precioso. (Alguien le llama) Ay, ya sigo, ahorita te veo.

BRAULIO: Suerte.

Entra a escena un hombre de algunos 40 años. Observa a Braulio. La Flaca sube a una pequeña tarima y empieza su actuación. Se oye una canción de Jeanette. Braulio se acerca al hombre.

BRAULIO: ¿Qué se toma, señor?

HOMBRE: Una cerveza, ¿y tú ?

BRAULIO: Estoy trabajando, no puedo tomar nada.

HOMBRE: Ni siquiera por que yo te invito.

BRAULIO: Mire, si yo le aceptara...

HOMBRE: Háblame de tú, para empezar. ¿Qué pasaría si me aceptaras la bebida ?

BRAULIO: Me correrían.

HOMBRE: ¿Cuál es el problema? Yo puedo contratarte.

BRAULIO: ¿Contratarme? ¿De qué... o para qué?

HOMBRE: Te doy dos veces tu salario por que te tomes algo conmigo.

BRAULIO: ¿Y las letras chiquitas qué dicen?

HOMBRE: Me ofendes. Sólo quiero compañía. Es todo.

BRAULIO: ¿Compañía?

HOMBRE: No me quiero tomar yo solo la cerveza.

BRAULIO: Perdón, pero no puedo. No le hago a estas ondas. ¿De cuál cerveza le traigo?

HOMBRE: Te he visto en otros antros. Una vez diste un show con un stripper. El famoso vaquero.

BRAULIO: ¿De cuál cerveza le traigo?

HOMBRE: Esa vez me pregunté si aparentabas menos edad de la que realmente tienes o si eras de esos pollitos que hacen lo que sea por una identificación falsa para poder entrar a los antros.

BRAULIO: ¿De cuál cerveza le traigo?

HOMBRE: Mejor no quiero cerveza.

BRAULIO: Entonces, ¿qué quiere?

HOMBRE: (Le da una tarjeta personal) Toma.

BRAULIO: ¿Y esto para qué?

HOMBRE: Si llegas a necesitarme, échame un grito.

BRAULIO: No creo que se vaya a necesitar, pero bueno. (La guarda)

HOMBRE: Al menos dime cómo te llamas.

BRAULIO: Braulio.

HOMBRE: Mucho gusto, Braulio.

El hombre se levanta y empieza a salir de escena.

BRAULIO: ¿Y usted? ¿Cómo se llama ?

HOMBRE: Mira en la tarjeta.

El hombre sale. Braulio lee la tarjeta. La Flaca termina su actuación y se escucha una ovación. Baja con Braulio.

FLACA: (Señala hacia un punto) ¿Ves a aquel tipo? Me tiró los canes grueso. No cabe duda, estoy viviendo mis más grandes momentos de gloria, Braulis. Y por lo visto, tú también.

BRAULIO: (Sarcástico) Si, claro. Meserear es lo que siempre he querido hacer. ¡Estúpida !

FLACA: Lo digo por tu ligue. ¡Ya quisiera tener tu suerte !

BRAULIO: ¿Sigues, ciniquita? Está bien ruco ese guey.

FLACA: Pues lo que tiene de ruco lo tiene de rico. Ese viejo es el sueño de toda jota huevona, y, seguramente, tú muy digna como siempre lo mandaste a bolear tenis. Ay, amiga por eso no salimos de jodidas.

BRAULIO: Yo no me vendo, Flaca. Por nada del mundo.

Se oye una voz, desde afuera.

VOZ: ¡Redada !

FLACA: Chingue su madre.

La Flaca sale corriendo.

BRAULIO: (Al público) Cerraron el lugar. Hallaron varios menores y también algo de drogas. Nada fuera de lo normal. La carestía no se hizo esperar.

Entra la Madre.

MADRE: No, m´hijito. Tu papá fue muy claro. Nada de dinero hasta que entres a la universidad.

BRAULIO: Papá no se tiene que enterar.

MADRE: No tienes vergüenza, Braulio.

La madre sale. Por el otro lado entra el Eduardo.

EDUARDO: A buen árbol te arrimas, Braulio. Lo único que puedo ofrecerte es que me acompañes a arreglar un par de aires, ¿vienes ?

Eduardo sale. Entra la Flaca y atraviesa el escenario sin detenerse. Lleva cargando su alcancía.

FLACA: A mí ni me veas, estoy en las mismas que tu corazón. Y ésta... (Señala la alcancía) no me la vayas a agarrar.

Braulio saca la tarjeta del hombre del bar. Éste entra con un par de cervezas y se acerca a Braulio. Se colocan uno frente al otro. Braulio se ve nervioso. En una parte del escenario se coloca una cama.

HOMBRE: ¿Vas a querer la cerveza?

BRAULIO: ¿Tienes whiskey ?

HOMBRE: Te ves bonito cuando te haces el interesante.

BRAULIO: Mejor la cheve.

HOMBRE: (Le entrega una cerveza) ¡El vaquero no era tan bueno, ¿verdad ?

BRAULIO: (Ríe tímido) No.

HOMBRE: Aunque él no dijo lo mismo de ti.

BRAULIO: Lo que haya dicho es una exageración.

HOMBRE: ¿Vas a querer leer las letras pequeñitas ?

BRAULIO: Dijiste que sólo querías compañía.

El hombre acerca sus labios a los de Braulio. Él se resiste.

BRAULIO: Yo no estoy listo para una relación así.

El hombre suelta una carcajada.

HOMBRE: ¿Relación ? Ahora te haces el ingenuo.

BRAULIO: No entiendo.

HOMBRE: (Lo jala hacia sí) Esto empieza hoy y termina hoy. Yo recibo lo que quiero, tú recibes lo que quieres. Así funciona.

BRAULIO: ¿Sabes qué ? Yo me voy. Tú me das...no sé...miedo.

Braulio intenta salir. Se detiene cuando el hombre le llama.

HOMBRE : ¡Braulio !

Braulio voltea. El hombre se acerca a él con un billete en la mano. Se lo guarda a Braulio en el bolsillo y lo sienta en la cama para quitarle la camisa.

HOMBRE : Es una venida y ya. Cálmate, ¿sí?

El hombre besa en los labios a Braulio. La Madre entra a escena, se le ve llorosa. Se sienta en el otro extremo de la cama, a espaldas de Braulio. El hombre sale lentamente de escena sonriéndole a Braulio maliciosamente. El empieza a ponerse la camisa. La madre solloza ahora con más fuerza. Braulio se pone de pie y voltea a verla.

BRAULIO: ¿Mamá?

La Madre, que está de espaldas a Braulio, gira para verlo e inmediatamente se limpia las lágrimas y asume una actitud molesta. A partir de aquí vuelve a su postura inicial y no le dirige la mirada a su hijo para nada.

MADRE: ¿Por qué entraste sin tocar?

BRAULIO: ¿Estás bien?

MADRE: Debes ser más respetuoso. Luego dices que no tienes privacidad cuando eres tú el que invades el espacio de los demás.

BRAULIO: Es que te oí llorando.

MADRE: Yo no estaba llorando.

BRAULIO: Te oí. ¿Es por mi papá? ¿Todavía no llega?

MADRE: En el refri hay jamón para que te prepares un sándwich.

BRAULIO: Voy a salir.

MADRE: ¿A estas horas? Eres igual que tu padre.

BRAULIO: Ya vas a empezar.

Braulio se dispone a retirarse. En la salida se topa con el Padre, se quedan viendo fijamente. El padre intenta ponerle la mano en el hombro de Braulio, pero él se niega bruscamente, le dirige una mirada de reprobación y se sitúa en el otro

extremo del escenario. El Padre camina hasta la cama. La Madre se percata de su presencia y gira para verla. En su rostro se dibuja una sonrisa. El Padre se sienta en la cama, dándole la espalda a la Madre, quien continúa sonriendo. La luz se va extinguiendo al tiempo que se ilumina un área del escenario donde está Braulio. Frente a él, la máquina de escribir de Eduardo. Se sienta frente a ella y comienza a escribir.

BRAULIO: (Para sí) Antes el corazón... era...era... un hielo...de hielo...

Braulio arranca la hoja y la arroja a un lado. Se lleva las manos a la cabeza. Se le nota algo desesperado, bloqueado. A un lado de la máquina encuentra su diario en forma de corazón. Lo abre y empieza a escribir en él.

BRAULIO: Y el corazón, antes...bola de... no, no... vientre de... de fuego, se enfría, se va quedando ... solo... sólo un débil eco queda del... ruido... no, del estruendo de las primaveras.

Entran a escena Eduardo y Orlando, su amigo poeta.

BRAULIO: Ni los besos... ni las nubes... ni las... aguas volverán a cubrirlo en un... lento, no... un eterno arrullo. Ni los días... ni las... sombras...ni los hombres, volverán...a estrecharlo, no... a tomarlo entre sus manos.

ORLANDO: Las imágenes que manejas son interesantes, pero...

BRAULIO: Orlando, uno de los jóvenes pupilos de Eduardo. Con varios premios en su haber y dos poemarios publicados, era una de las grandes jóvenes promesas de la literatura Según esto, le interesaba mucho conocer mis poemas... aunque quizá era otra cosa la que quería conocer.

ORLANDO: ...creo que el ritmo no fluye en su totalidad.

BRAULIO: ¿Ritmo? Es un poema, no un bailable.

EDUARDO: Braulio, la réplica es hasta el final.

BRAULIO: Está bien.

ORLANDO: Además hay un abuso del nexo “ni”, que hace que el poema suene repetitivo.

BRAULIO: Lo que importa es lo que dice, ¿no?

ORLANDO: Algo que otros poetas ya han dicho miles de veces y con mejor resultado.

Hay un silencio incómodo.

EDUARDO: Bueno, es una opinión, Braulio

Braulio se desplaza a otro plano del escenario. Eduardo sale de escena.

BRAULIO: (Al público) Justo lo que necesitaba. Que un pendejo viniera a decirme que mi poema nomás no vale madre.

ORLANDO: Oye, disculpa. No quise ofenderte.

BRAULIO: No me ofendiste.

ORLANDO: Me pareció que mis comentarios no fueron de tu agrado. (Braulio no contesta) Soy algo exigente con la poesía, ¿sabes? Es mi vida.

BRAULIO: Te lo tomas demasiado en serio.

ORLANDO: ¿Yo me lo tomo demasiado en serio? Si de verdad te interesa la poesía, yo con gusto te puedo asesorar.

BRAULIO: No, gracias. Con la ayuda de mi tío basta.

ORLANDO: Entonces... ¿me aceptarías un té?

BRAULIO: ¿Un té?

ORLANDO: No puedo tomar café. Tengo gastritis. Acepta, quiero hacer las paces.

BRAULIO: Está bien.

Orlando sale momentáneamente de escena.

BRAULIO: (Al público) No es tan pendejo después de todo. Además no es nada feo, y es interesante.

Orlando vuelve a entrar. Lleva bajo el brazo algunos libros y en las manos una charola con dos tazas de té. Ambos se sientan en el suelo.

ORLANDO: (Le da la taza de te y un libro) Tienes que leer a este poeta: Rimbaud, un verdadero revolucionario.

BRAULIO: ¡Qué interesante!

ORLANDO: Y después tienes que leer a Salvador Novo, a García Lorca, a Verlaine, Gingsberg, a Wilde.

BRAULIO: ¿Y por qué precisamente a ellos?

ORLANDO: Porque son... la neta.

BRAULIO: Y además jotos.

ORLANDO: (Incómodo) Sí, también.

BRAULIO: (Al público) Definitivamente no era mi poesía lo que le interesaba.

ORLANDO: ¿Sabes qué? Puedo darte unos tips para ayudarte a que fluya el sentimiento poético.

BRAULIO: (Hace una seña al público como diciendo: "¿Lo ven?") A ver...

ORLANDO: Híncate.

Braulio, un tanto escéptico, hace caso. Orlando se hinca a espaldas de Braulio y empieza a acariciarlo.

ORLANDO: Es muy sencillo: sólo tienes que estimular ciertas zonas de tu cuerpo.

Orlando acaricia el pecho de Braulio, comienza a excitarse. Braulio cierra los ojos, se deja llevar.

ORLANDO: (Con voz entrecortada) Cierra los ojos. (Braulio obedece) ¿Sientes cómo las imágenes empiezan a asaltarte? Las metáforas llegan

aquí... (Le acaricia el área del corazón)...y la fuerza se almacena...aquí...

Frota el sexo de Braulio, quien en ese momento abre los ojos.

BRAULIO: Digamos que quiero hacer un poema de exaltación a la patria. ¿Este ejercicio me ayudaría?

Orlando jadea extasiado, no responde.

BRAULIO: (Reacio) Tú lo que quieres es coger, ¿no?

Orlando se detiene de golpe.

BRAULIO: ¿No?

ORLANDO: No quiero que pienses mal, yo sólo...

Braulio lo observa con una mirada dura. Después lo tumba al piso. Orlando tiembla. Braulio echa su cuerpo encima de él. Empiezan a acercar las bocas. Orlando se congela. Braulio se dirige al público mientras empieza a desvestirse.

BRAULIO: Durante casi un mes estuvimos leyendo poesía, teoría poética y nos ocupamos de otros menesteres de carácter sexual. Empecé a hartarme, así que me vi forzado a emprender graciosa huída. Digo, es padre eso de escribir poesía, pero mi vida no podría girar en torno a ello. Era sólo una fase. El problema fue que para Orlando, yo no era una fase.

Entran escena un cortinero de baño y un retrete. Braulio se sitúa detrás de la cortina. Mientras tanto, Orlando se descongela y se pone de pie. Se sitúa en un

punto frente al cortinero. Braulio, mojado y desnudo, se asoma por la cortina del baño. Se cubre con una toalla y se encuentra con Orlando.

ORLANDO: ¿Llegué en mal momento?

BRAULIO: Despreocúpate, no hay nadie.

ORLANDO: No has ido por el departamento últimamente.

BRAULIO: No he tenido tiempo.

ORLANDO: Te quería enseñar unas cosas que escribí. Pero no sé si aún te interese la poesía.

BRAULIO: La verdad... no mucho.

ORLANDO: Y me imagino que lo nuestro tampoco.

Braulio no contesta.

ORLANDO: ¿Qué hice mal?

BRAULIO: Nada. Es sólo que. Yo no tenía en mente algo como esto cuando pasó lo que pasó.

ORLANDO: ¿Pensabas en una cogida y punto?

BRAULIO: No dicho de esa manera, pero...

ORLANDO: Claro. Eres un niño de dieciocho años, bonito, de buen cuerpo. Debí suponer que era algo pasajero. Porque así son tus relaciones, ¿no? ¡Pasajeras! ¡Efímeras!

BRAULIO: No es pedo tuyo si es así.

ORLANDO: Ahora debo suponer que yo tuve la culpa por esperar demasiado. Compartimos cosas, Braulio. Y tal parece que para ti fue lo mismo que...

BRAULIO: Yo nunca te di razones. Además me sentía atado. Yo no estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

ORLANDO: Era la primera vez que lograba capturar la belleza, que la moldeaba entre mis manos, que la hacía mía.

BRAULIO: No recurras a la poesía para oírte patético. Necesito espacio, ¡es todo!

ORLANDO: (Hincado ante Braulio) Yo te necesito a ti. Por favor.

Orlando empieza a acariciar a Braulio. Él no hace nada por detenerlo.

ORLANDO: No te cierres a las posibilidades. Ni tú ni yo tenemos idea de lo que pueda pasar con esto. Piensa en lo bien que la pasamos.

BRAULIO: (Sin detenerlo) Eres igual que yo. Lo único que quieres es un culito dispuesto a ti en cualquier momento.

ORLANDO: No, Braulio, yo te amo.

Hay un oscuro, se escuchan jadeos y el agua de la regadera corriendo. La luz vuelve y tras la cortina de la regadera se ven dos pares de pies.. Se oye una voz desde afuera, es la madre de Braulio.

MADRE: Braulio, ¿por qué dejaste la puerta del baño abierta?

ORLANDO: (Nervioso) Alguien llegó.

BRAULIO: Es mi mamá.

La Madre entra a escena.

MADRE: No te vayas a asomar, voy a pasar al servicio.

BRAULIO: ¿Por qué no vas al otro baño?

MADRE: (Se levanta la falda y se sienta en el retrete) Está descompuesto, ya lo sabes.

BRAULIO: ¿Y no te podías esperar?

MADRE: ¿Qué te importa, muchachito?

BRAULIO: (Tras una pausa) Pensé que llegabas hasta después.

MADRE: Me devolví por el recibo del agua. Mañana se vence y no lo hemos pagado. Por cierto, salió bastante. A ver si vas cortando media hora a tus baños. Pareces señorita.

BRAULIO: Mami, ¡qué cosas dices!

MADRE: ¿Mami? No me decías mami desde que tenías diez años.

BRAULIO: ¿Ah, no, verdad?

MADRE: No me estarás escondiendo algo.

BRAULIO: ¿Qué... qué... te podría esconder?

MADRE: No te hagas Braulio. Ya sé lo que hiciste.

BRAULIO: (Nervioso) ¿Ya sabes?

La madre toma el papel higiénico que está sobre el retrete y se asea.

MADRE: Quiero que me devuelvas los cien pesos que me agarraste de la bolsa. Te dije que no te iba a mantener.

BRAULIO: Ah, los cien pesos. Sí, te los doy en la noche.

MADRE: No, los necesito ya. Son para pagar el agua. (Toma los pantalones de Orlando) ¿Los traes en los pantalones?

BRAULIO: ¿En los pantalones? No, ahí no están.

La Madre saca la cartera de Orlando, la abre.

MADRE: Oye, traes mucho dinero aquí. ¿De dónde lo sacaste?

BRAULIO: Me lo prestó Eduardo.

MADRE: Para que molestas a tu tío. Muy apenas puede con él solo. (Ve una identificación, la saca) ¿De quién es esta identificación?
(Accidentalmente se le cae la cartera al piso, se agacha a recogerla)

BRAULIO: Ah, es de un amigo que me la prestó para... para... para entrar en una disco.

Al recoger la cartera, ve los pies tras la cortina. Se levanta furiosa y abre la cortina. Braulio y Orlando, mojados y desnudos, se cubren el sexo con las manos.

BRAULIO: Ah, mira, aquí está conmigo. Precisamente vino por ella.

MADRE: (Tratando de contener la furia) ¿Qué es esto, Braulio?

Braulio no responde. Orlando sale de la regadera y toma su ropa. Le hace una seña a la Madre pidiéndole la identificación. Ella, sin verlo a los ojos, se la da. Orlando sale de escena. Braulio continúa en la regadera sin decir palabra.

BRAULIO: Mamá, no quise...

La Madre le da una bofetada a Braulio.

MADRE: Sabía que tarde o temprano ibas a salirme con una cosa de éstas.
No quiero verte aquí cuando regrese.

La Madre emprende la salida, se detiene.

MADRE: Me costaste tanto trabajo. ¿Y todo para qué?

La Madre sale de escena. Braulio camina hasta el otro extremo del escenario. Eduardo entra con un nuevo cambio de ropa que Braulio se pone.

EDUARDO: Un día tenían que saberlo.

BRAULIO: Hubieras visto la cara de mi mamá cuando abrió la cortina de la regadera. No le causó sorpresa verme ahí. Se lo esperaba, y me lo dijo.

EDUARDO: Tu papá aún no lo sabe. Llamó hace rato buscándote, quería saber qué pasó. Al parecer tu mamá no le quiso decir nada.

BRAULIO: Tú no le dijiste nada, ¿verdad?

EDUARDO: Claro que no.

BRAULIO: Si vuelve a hablar, dile que no estoy.

EDUARDO: Deberías hablar con él, Braulio.

BRAULIO: Que mi mamá se encargue, y si no quiere decirle, allá él. Finalmente nunca le he interesado. Además, ¿qué voy a decirle? “Papá, sé que hemos pasado dieciocho años sin cruzar más de tres palabras, pero creo que ahora que mi madre me pescó en la regadera con un güey, es tiempo de fortalecer el vínculo de padre e hijo”.

EDUARDO: Puedes quedarte aquí. No te preocupes.

BRAULIO: Gracias. Por cierto, ¿cómo va tu cuento?

EDUARDO: ¿Qué cuento?

BRAULIO: El de la persona que se robaba estrellas del cielo para hacer collares.
¿Ya lo terminaste?

EDUARDO: No, aún no. Creo que estoy un poco bloqueado. No importa, ya lo terminaré...

Se oscurece el área donde está el Eduardo. Una charola entra rodando por el escenario. Braulio la recoge. Se alumbra otra parte del escenario donde habrá una mesa con un par de sillas.

BRAULIO: Podría pasármela así el resto de mi vida. Es un trabajo tranquilo, sin responsabilidades extraordinarias ni riesgos de inversión.

Se escucha una voz de fuera del escenario.

VOZ: (Desde fuera del escenario) ¿Qué pasó con el café de la mesa cinco, muchachito? Fuiste hasta Colombia por él, ¿o qué?

BRAULIO: El pedo es que es sumamente humillante.

Empieza a escucharse nuevamente Sueño de amor. Braulio reconoce la melodía y voltea alrededor buscando alguien, aunque no sabe a ciencia cierta a quien. Entra la niña Pianista, ahora con un atuendo y con una actitud de adulta. Se sienta en la mesa. Braulio se acerca lento tratando de reconocerla. Cuando están a una corta distancia, la Niña levanta la mirada y reconoce a Braulio.

BRAULIO: ¡Eres tú!

La niña toma las manos de Braulio y toca las notas de la melodía como si los dedos de Braulio fueran las teclas.

BRAULIO: ¿Qué ha sido de ti? Hace años que no te veía. Sigues tocando el piano, ¿verdad?

La Niña continúa tocando. Mira fijamente a los ojos de Braulio.

BRAULIO: ¿Te acuerdas de nuestra maestra de piano? ¿La señorita Aréchiga? Se murió. No vas a creer cómo: le cayó un rayo. Pero no se murió así, sino que se quedó aturdida por la descarga y se cayó de un puente. (Se ríe) No debería reírme, ¿verdad? Pero es que es de no creerse. (Hace una pausa) ¿Y tu hermano, ¿cómo está?

La Niña quita sus dedos de las manos de Braulio. La música se corta en una acorde estridente. Entra el hermano, lleva puesta ropa negra y el rostro pálido. Braulio, al verlo, se estremece y comienza a separarse de la Niña. El Hermano acaricia el rostro de Braulio con las manos y lo besa en la mejilla para después salir de escena. Braulio sin salir de la impresión, le dirige la mirada a la Niña como buscando una respuesta. Ella se limita a asentir mostrando una expresión desolada. Sale de escena. Un cenital alumbra un extremo del escenario donde vemos a La Flaca hincada en el suelo. Solloza; el maquillaje se le ha corrido por todo el rostro debido al llanto. A su lado vemos la alcancía hecha añicos. Braulio se acerca a él, aún perturbado.

FLACA: Pendeja, pendeja y mil veces pendeja. Una no aprende. Te tratan como a una mujer, te dan una santa cogida y después te tiran junto al condón. Y a mí ese cabrón, encima de dejarme más perforada que el Golfo de México, me dejó en la calle. Se llevó lo de mi operación, Braulio. No dejó nada. (Empieza a recoger los pedazos de la alcancía) El corazón es tan estúpido. Se da vuelo solo el muy pendejo. Más ciego que la puta madre. Pero no queda de otra, comadrita. Hay que chingarle para adelante. Voy a volver a empezar

mi alcancía... porque esto me sigue colgando y un día de estos me lo voy a arrancar con las pinzas de las cejas.

La Flaca saca de sus ropas un cigarro de marihuana. Está a punto de encenderlo, pero se detiene.

FLACA: No, ya no quiero de esto. Ahora tengo que estar lúcida siempre. ¡Basta de mamadas!

Le da el cigarro a Braulio. Él lo guarda mecánicamente en el bolsillo de su camisa.

FLACA: (Empieza a reír) ¿Te acuerdas lo que dije del Gofo de México? Se me ocurre que yo soy la Golfa de México. (Ríe patéticamente, la risa termina en llanto) Nomás falta que hasta el Sida me haya pegado ese cabrón.

Braulio se derrumba en una explosión de llanto.

FLACA: Pero no llores así, voy a estar bien. No es el primer hijo de puta que me...

La Flaca acude a consolarlo, pero él la rechaza.

FLACA: No lloras así por mí, ¿verdad? ¿Qué pasó, Braulio?

Braulio no contesta. Al apoyar su mano contra el piso, se corta con los vidrios de la alcancía; empieza a sangrar.

FLACA: Ay, Braulio. Ya te cortaste.

La Flaca intenta de nuevo acercarse a Braulio. Él la repele ahora con más violencia.

BRAULIO: ¡No! No toques la sangre.

FLACA: Braulio, dime qué pasa, ¿qué tienes?

BRAULIO: (Abatido) No toques la sangre.

Braulio finalmente cede, la Flaca lo abraza. La luz se extingue. Al volver la luz, ya no vemos a La Flaca, sólo está Braulio hincado en el mismo lugar. Se ha curado la herida con una venda. Eduardo entra con un sobre en la mano. Se detiene frente a Braulio. Le extiende el sobre.

EDUARDO: Llegaron.

BRAULIO: Yo no puedo, Tío.

Eduardo abre el sobre y observa el documento que está adentro.

EDUARDO: Aunque no crea en Dios, tengo que bendecirlo. Estás limpio, hijo.

BRAULIO: No dijiste nada en la casa, ¿verdad?

EDUARDO: No, para nada.

Hay un silencio un tanto prolongado. Eduardo respira hondo, como si se decidiera a hacer algo.

EDUARDO: Cuando tenía tu edad traté de matarme.

BRAULIO: (Sorprendido) ¿Qué?

EDUARDO: Me abrí las muñecas. Podré ser muy escritor, pero no tuve imaginación para otra cosa.

BRAULIO: ¿Por qué hiciste eso?

EDUARDO: Por todo... y a la vez, por nada. No le encontraba sentido a las cosas, no le veía futuro a mi vida y una noche, en la que no tenía otra cosa mejor que hacer, me rebané las venas. Por fortuna, nunca se me ocurrió meter las muñecas al agua para que la sangre fluyera. La cosa fue muy lenta, tuve suficiente tiempo para darme cuenta de que ni siquiera eso valía la pena. Así que lo que hice fue ponerme un par de curitas y después compré un boleto de autobús. Nadie supo de mí durante un mes.

BRAULIO: ¿A dónde fuiste?

EDUARDO: No lo recuerdo a ciencia cierta. Pero cuando regresé, sí sabía a dónde iba.

Eduardo le acerca a Braulio una mochila.

EDUARDO: Toma un autobús y bájate donde creas que debes bajarte.

BRAULIO: Si lo hago, ¿crees que voy a saber a dónde me dirijo?

EDUARDO: Con un poco de suerte, averiguarás quién eres, después sabrás a dónde vas.

Braulio toma la mochila y camina hasta un punto del escenario donde la iluminación recrea la noche. Hay efectos de sonido que apoyan a la construcción de la atmósfera. Eduardo sale. Braulio camina un poco. Se detiene y extiende el brazo como si pidiera aventón. Se escucha un claxon. Una luz lateral, como la de los faros de un automóvil, lo recorre y pasa de largo. Braulio hace un gesto de apatía, y después se tira en el suelo, dirige su mirada al firmamento. Tras contemplar el cielo unos momentos, se pone las manos sobre el pecho y descubre que en el bolsillo de su camisa lleva el cigarro que le dio La Flaca.

BRAULIO: A tu salud, Flaquita.

Braulio enciende el cigarro y empieza a fumar.

BRAULIO: Cuando era niño, vi Saturno a través de un telescopio. Se veía tan pequeño que parecía de mentiras, pero era de verdad, tan de verdad como este cielo henchido de estrellas. Uno no es nada en el Universo, es apenas una mínima parte, casi imperceptible, casi inexistente. Pero al no estar aquí, el Universo ya no sería el mismo.

Se alumbra la parte trasera del escenario y deja ver el cielo estrellado, conformado por pequeños luces desprendibles sobre un fondo negro. En un nivel superior aparece un personaje de sexo indefinido, a quien llamaremos "Vendedor". Este personaje arranca las estrellas del firmamento y los va colocando en un morral que lleva. Braulio se percata de la presencia de este personaje.

BRAULIO: ¿Qué haces?

El vendedor se espanta ante la presencia de Braulio y busca esconderse. Braulio lo sigue.

BRAULIO: Espérate. No te vayas.

Braulio busca al vendedor.

BRAULIO: No te escondas, quiero verte.

El vendedor aparece por atrás de Braulio, sorprendiéndolo.

BRAULIO: Aquí estás. ¿Qué llevas en tu morral?

El vendedor no responde, únicamente voltea a ver al cielo.

BRAULIO: ¿Estrellas? ¿Cómo haces para bajarlas?

Nuevamente el vendedor trata de ocultársele a Braulio, pero él lo detiene.

BRAULIO: No te vayas, por favor. Dime para qué quieres las estrellas, ¿qué es lo que haces con ellas? Ah, ya sé. Haces collares, ¿verdad? Te robas las estrellas del cielo para hacer collares.

El vendedor adquiere un semblante nervioso, como si fuera a ser reprendido.

BRAULIO: No, te sientas mal. Puedes robarte todas las estrellas del cielo. Hay muchas, nunca podrías terminártelas.

De su morral, el vendedor extrae un collar luminoso y se lo pone a Braulio. Él al principio se resiste, pero finalmente cede.

BRAULIO: Ya sé quién eres.

El vendedor calla a Braulio con un gesto suave, lo contempla y después lo besa en los labios. Braulio y el vendedor se tiran al suelo lentamente y empiezan a amarse. El acto es delicado y ambos están con los ojos abiertos todo el tiempo. Braulio los cierra. En ese momento, el vendedor saca de sus ropas una daga. Braulio abre los ojos y la contempla. El vendedor lo acaricia con el arma hasta que llega a la altura de su pecho y ahí lo encaja. Braulio hace un gemido muy leve de dolor. La sangre empieza a brotar y mancha su camisa. El vendedor le acaricia el cabello. La luz disminuye lento hasta que todo queda en penumbras. Braulio duerme; el vendedor se levanta, le quita el collar y sale de escena. Al volver la luz, Braulio está sentado con las piernas flexionadas. Se puede apreciar la mancha de sangre en su pecho.

BRAULIO: (Al público) Eduardo no terminó de escribir su cuento. Y no lo terminará jamás. Fue absurdo. Estaba instalando un aire acondicionado en el techo de una casa y tocó un cable de alta tensión. Dos días después llamaron a su casa de una editorial. Querían publicar parte de su obra.

Observa la camisa manchada y suspira.

BRAULIO: Algo de mí se ha ido con él.

Aparece La Flaca; ya no viste imitando a la cantante Jeanette. Ahora va disfrazada como Judy Garland en El mago de Oz. Se acerca a Braulio y lo abraza.

FLACA: ¿Dónde andabas, perdido? Hasta que te dignas a aparecer.

BRAULIO: No podía perderme tu regreso a los escenarios.

FLACA: Estoy fascinado. En este antro sí aprecian el arte. La gente es más *nice*. Más rucos también, pero más *nice*.

BRAULIO: (Ve su vestimenta) ¿Y Jeanette?

FLACA: Renovarse o morir, corazón. Hablando de renovarse, ¿quién crees que va a ser mamá?

BRAULIO: ¿Susan?

FLACA: ¿Ya lo sabías?

BRAULIO: No, me lo imaginé.

FLACA: Dice que a ver cuándo nos juntamos.

BRAULIO: Estaría bien.

FLACA: Te noto cambiado, Braulio.

BRAULIO: ¿Tú crees?

FLACA: Sí, y me da gusto. Ay, ya me toca actuar. Te veo al ratito.

La Flaca sube a un nivel más alto del escenario y le habla a la concurrencia.

FLACA: Esta melodía la dedico a todas mis compañeras. Nos vemos del otro lado del arcoiris.

Comienza el tema Over the rainbow. La Flaca lo interpreta. En otro punto del escenario, ante una mesa se encuentra el Padre. Braulio cree reconocerlo y se acerca. Al darse cuenta de que se trata de él lo mira con pasmo. El Padre

descubre a Braulio, pero reacciona con calma. La música cesa. Ambos se miran largamente.

PADRE: Sabía que iba a encontrarte aquí.

Braulio no responde.

PADRE: ¿Quieres sentarte?

Braulio se sienta. El Padre lo mira.

PADRE: Tu mamá me contó todo y...

BRAULIO: (Tajante) ¿Para que me buscaste? ¿Me quieres romper la cara por joto? ¿O me vienes a salvar de la perdición como buen padre que eres?

Padre: No, hijo. No te estaba buscando.

Braulio: Ya vas a empezar a mentir. Como siempre.

Padre: No esta noche. Ahora no puedo mentirte. (Poco a poco empieza a quebrarse) No te estaba buscando... te encontré por casualidad.

Braulio se queda sin habla.

Padre: No deberías venir a este lugar. No es para los de tu edad. Los que vienen aquí sólo buscan... (Empieza a llorar, muy bajito; le acaricia el rostro a Braulio) Dime, ¿te has estado cuidando?

Braulio asiente.

Padre: (Mirando alrededor) Es un lugar muy oscuro, ¿no? Casi no se le ve la cara a la gente. Esto ha sido mi mundo desde hace algunos años, hijo. Incluso desde antes de que tú nacieras.

Braulio: Este lugar es oscuro, pero hay otros con más luz.

Padre: No los conozco.

Braulio: ¿Y por qué mentirnos? ¿Por qué mentirle a mi mamá?

Padre: Uno empieza a caminar y a caminar, y cuando volteas ya no está el camino que habías seguido. No sabes cómo regresar. (Pausa larga) Hubiera dado lo que sea con tal de evitarte esto, hijo.

Braulio: Esto no es un castigo ni una maldición, papá. No para mí.

Padre: Me da gusto que lo veas así. Yo, sinceramente, no podría.

Braulio: ¿Vas a seguir mintiendo?

Padre: Ya se me hizo costumbre. Pero necesitaba que tú supieras todo. He estado tan lejos de ti. ¿Podrías darme un abrazo, hijo?

Braulio: No. ¿Cómo sé que ese abrazo no es otra mentira? Yo no tengo frente a mí a mi padre. Tengo a un viejo maricón que no sabe lo que quiere.

Padre: No me hables así, por favor.

Braulio: ¿En quién pensabas cuándo le hacías el amor a mi mamá? ¿Cuándo me concibieron? ¿En quién estabas pensando?

Padre: Cállate, no preguntes esas cosas.

Braulio: (Levanta la voz) Tengo todo el derecho a hacerlo.

Padre: No grites, la gente nos va a ver.

Braulio: ¿Ni siquiera aquí puedes estar libre de lo que la gente pueda decir? Me das mucha pena, papá.

Padre: (Reacciona con violencia, toma a Braulio de la ropa) No te pedí tu pena, niño maricón. Debería romperte la cara y después llevarte con una puta para que te haga hombre.

Braulio: (Se suelta) ¿Así viste a mi mamá? ¿Cómo una puta que te podía hacer hombre? Mamá siempre quiso que yo fuera como tú. Por un momento pensé que su sueño se le había cumplido, pero no. Hace falta ser muy hombre en estos casos, papá. (Ve alrededor) Y sí... este lugar es muy oscuro.

Braulio empieza a salir, se detiene y vuelve donde su padre. Lo abraza compasivamente.

Padre: Nunca hubiera querido que me vieras así.

Braulio: Ojalá un día, papá...

Padre: Me da miedo.

Braulio: A todos nos da...

El padre se levanta y camina hasta otro punto del escenario donde lo espera la madre. Se escucha la marcha nupcial. Entran a escena un par de maniquíes arrastrados con cuerdas, van vestidos como novios. Son colocados al centro del escenario. La madre entra a escena con vestido de gala. Besa a Braulio falsamente.

MADRE: (Indiferente) ¿Ya felicitaste a tu hermano?

BRAULIO: Sí.

MADRE: Si preguntan donde estuviste, les dices que te fuiste a Houston a perfeccionar el inglés.

BRAULIO: Estoy bien, mamá.

MADRE: Acomódate para la foto de la familia.

La Madre va hasta donde está el Padre y se toman del brazo. Braulio se acerca a ellos. Al centro los maniquíes son acomodados a manera de foto familiar. Hay un flashazo en donde todos, a excepción de Braulio, se congelan. Tras un breve silencio, comienza a escucharse la canción Somos Novios acompañada por mariachi. Los padres de Braulio se separan del resto y bailan al compás de la melodía. Un especial es dirigido a ellos. En sus rostros está dibujada una expresión de hastío, misma que la Madre intenta disimular en un par de ocasiones. Braulio, alumbrado por otro cenital, observa a sus padres. La luz de los danzantes desaparece junto con la música. Braulio se coloca justo como al principio de la obra. Vuelve el sonido del incendio. Braulio encuentra entre sus ropas el diario de corazón. Lo abre y lo observa unos instantes, después lo cierra

mientras vuelve a contemplar el fuego. Los gritos y el sonido de las sirenas vuelven a escucharse.

BRAULIO: Esta mañana, al levantarme, presentí que ocurriría este incendio. Desde hace tiempo lo esperaba. Incluso intenté provocarlo varias veces, pero fue inútil. El fuego tenía que empezar por sí sólo y consumirlo todo hasta que no quedara otra cosa más que cenizas.

Entra a escena Eduardo.

EDUARDO: Te estás perdiendo lo mejor de la fiesta.

BRAULIO: ¡Pobre gente! Se quedaron sin hogar ¿Qué va a pasar con ellos?

EDUARDO: Tendrán que seguir adelante.

BRAULIO: ¿Lo has sentido, Eduardo? ¿Has sentido que el corazón se te incendia?

EDUARDO: Es como si sintieras que tienes certeza de todo.

BRAULIO: Y a la vez de nada.

EDUARDO: Sí, lo he sentido.

BRAULIO: ¿Qué va a pasar después?

EDUARDO: El corazón te quedará hecho cenizas. Después tendrás que volver a empezar. Todo de nuevo, ahora bajo un cielo distinto.

BRAULIO: Mi mamá sabe lo de mi papá. Siempre lo ha sabido.

EDUARDO: Tus papás, al igual que mucha gente, prefieren echarle un cubetazo de agua al corazón para evitar que se consuma. Pero un día... no podrán hacer nada. El fuego arrasa con todo, no respeta nada.

Se escuchan con más intensidad los gritos de la gente en el edificio en llamas.

BRAULIO: Me voy de aquí, Eduardo.

EDUARDO: Hace tiempo que te fuiste.

Eduardo sale de escena. Braulio se dispone a salir, pero se detiene para contemplar nuevamente el fuego. Se queda pensativo, luego se palpa el área del corazón y sonrío. Toma su diario, le prende fuego con un encendedor, y lo deposita en un bote de basura. Braulio extiende el brazo como pidiendo aventón. Nuevamente aparece la luz lateral a manera de faros de automóvil. Se escucha un claxon. Pero esta vez la luz no pasa de largo, se detiene. Braulio corre hacia la luz al tiempo que ésta se extingue. Al fondo, el vendedor sigue desprendiendo estrellas del firmamento.

Obra escrita con el apoyo del Centro de Escritores de Nuevo León.

Promoción 2000

Estrenada en 2003 en Monterrey, N.L. bajo la dirección de Coral Aguirre.

Publicada en la antología *Tiempos de Dramaturgia* (Conarte, 2013)

